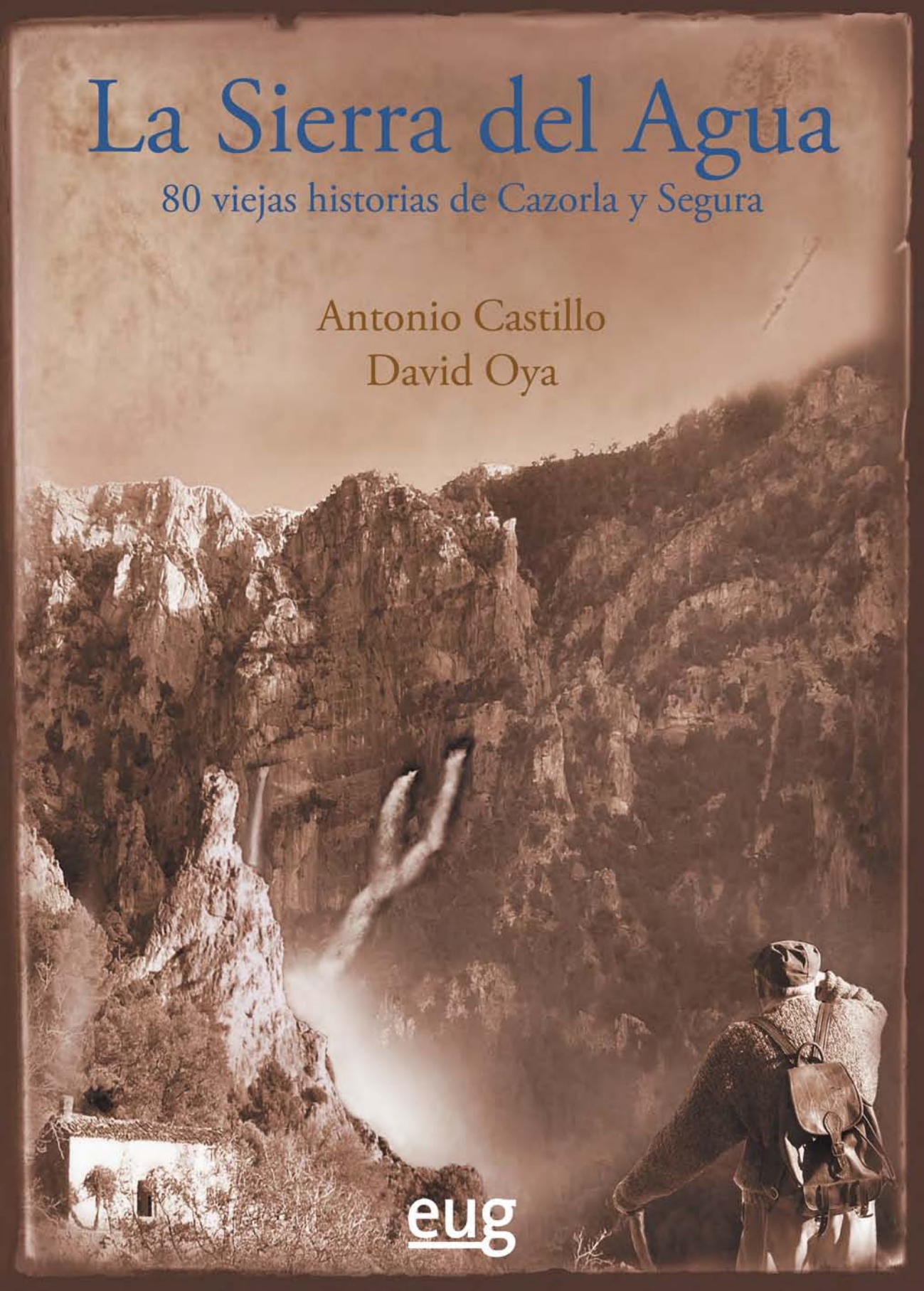


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Aquellos lavaderos de intimidades y secretos"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 306-309



## 69. Aquellos lavaderos de intimidades y secretos

Por Antonio Castillo



Lavadero de Fuentes Nuevas, en la provincia de Granada, por debajo del Almicarán y cerca del embalse de la Bolera (foto procedencia Antonio Castillo)

EN CAMINOS, como en pueblos, aldeas y cortijadas, los abrevaderos y las albercas de riego fueron lugares masculinos por excelencia. Allí los hombres se saludaban, hacían tratos o intercambiaban información sobre el ganado, las siembras o el tiempo. Por contrapartida, los lavaderos, a cubierto o en abierto, urbanos o montunos, colectivos o individuales, en arroyos o en fuentes, fueron casi el único lugar de



sociabilidad reservado a las mujeres. Y entre medias, la fuente, que podía resultar hasta un «salón» con bancos y todo, que permitía el acceso y la espera a ambos sexos. En definitiva, el agua siempre con su impagable función de sociabilidad y contacto, un alimento para el alma, aparte de para el cuerpo.

En una época en la que las mujeres, especialmente las más jóvenes, tenían que dar explicaciones para salir de casa, la tarea de ir a la fuente, y muy especialmente al lavadero, era mucho más que un trabajo. Las aguas de manantial eran muy apreciadas para los lavaderos. Permitían levantar modestos cobertizos para protegerse de las inclemencias del tiempo, no mermaban en exceso, ni por el contrario venían crecidas, con arrastres o turbiones que ensuciaran la ropa. Sus caricias eran cálidas en el duro invierno, cuando el río era *yelo*, si bien en el verano el frío de los veneros mordía las manos. Precisamente, a los hielos del invierno y a las frías aguas del verano se achaca gran parte de la fortaleza de las serranas de antaño, y lo prietas que tenían sus carnes.

Pero a pesar de los suplicios de la tarea, de la dureza del tiempo y de la frialdad de las aguas, ir al lavadero era una esperada y deseada evasión, un desahogo, un consuelo, un compartir, un ponerse al día, un contarse secretos, y mucho más. Allí las mujeres se arropaban, se protegían unas a otras, se pasaban consejos o recados sobre pretendientes, novios y maridos. Durante la guerra y después de ella, se convirtieron además en lugar de consignas, traslado de información o simplemente un buen sitio donde consolar con la compañía y la conversación el afligimiento de aquellas mujeres que tenían hombres en el frente o huidos.

En ese reducido y exclusivo espacio, el hombre no estaba bien visto, cuando no directamente prohibida su entrada a los lavaderos cubiertos, como se advertía en algunas placas de la época. Si algún mozo rondón se ponía a tiro, las mujeres se divertían dirigiéndole piropos jocosos y burlescos, e incluso groseros. Normalmente salían

espoleados, pero, ¡ay de aquel que se engallaba y hacía frente a las mujeres!

Las malas lenguas dicen que junto a las tablas de lavar, con las conversaciones amortiguadas por el zapateo de la ropa y el murmullo de la corriente, se cocinaban decisiones propias de auténticos ayuntamientos a la sombra, que criticaban o alababan, ponían en su sitio o quitaban a los hombres que lo merecían. Desde luego, lo más sustancioso del lavadero eran las conversaciones. Josefa, que se crió junto a un caz donde lavaban todas las mujeres de la aldea, me contaba que

—Allí se sacaba a relucir desde una noche de novios de un vecino, hasta quién no había llorado lo suficiente en un velatorio. Se daba un repaso a todo el pueblo... Pero salvo eso de darle a la lengua, la faena era muy dura, aunque, no sé por qué, tengo buenos recuerdos de la tarea de ir a la fuente con mi madre, hermanas y vecinas. Teníamos almohadillas rellenas de esparto majado para proteger las rodillas. Nos poníamos en fila a la orilla de una pequeña acequia al descubierto que venía de una mina excavada en la roca. Las aguas eran cálidas en invierno, que hasta echaban humo, y gélidas, hasta doler las manos, en verano. Pero no solo era la ropa, allí también se lavaban utensilios, tripas para la matanza, se ponían aceitunas a remojo, o se majaba esparto y otras plantas.

En el borde del agua había una docena de tablas de lavar hechas de cemento, unas frente a otras para vernos las caras y hacer más llevadero el trabajo con la conversación. Las primeras que llegaban se ponían a la cabeza de la corriente para no recibir la mugre de otras lavanderas, aunque algunas, muy pobres, preferían los últimos puestos a fin de aprovechar el enjabonado de las de más arriba. Porque el jabón escaseaba. Era de fabricación casera, a base de pringue de desecho, y ya le digo, éramos afortunadas, porque de más antiguo se usaba grea, una arcilla pastosa, y también un remedio a base de una planta que se cocía con ceniza.

Lo primero era coger los trapos más sucios para desmugrarlos. Los dejábamos enrollados y a remojo en un lebrillo a fin de ablandarlos para lavarlos al final. Para el resto del *traperío* era un arte ver cómo se lanzaba la ropa al agua y se zapateaba contra la tabla. A continuación, se enjabonaba bien y se restregaba a *purpejo*, o sea con los nudillos, que eso quizás lo haya visto usted hacer alguna vez. Una reliquia del pasado, vamos.

Una vez lavada la ropa, se soleaba y aireaba en piedras y matas alrededor de las aguas. Las prendas más íntimas se disimulaban, o no, dependiendo de las intenciones de las muchachas, porque de lejos siempre se dejaba caer algún mozo haciéndose el distraído por si cogía algo. Igual le digo con las prendas de encaje o con las sábanas bordadas, que algunas dejaban bien a la vista para presumir, como seña de poderío. Pero en general, las ropas eran muy pobres, ahora eso sí, al caer la tarde, limpias y secas dentro de las canastas y talegas, olían a gloria bendita.

*Después las guardaban en el arca bien oreadas,  
para que no se apulgarasen, metiendo entre los pliegues membrillos maduros  
y espigas de alhucema, que traían hasta sus cuartos de dormir los bravíos  
y evocadores aromas de la Sierra*

JOSÉ CUENCA, *La Sierra Caliente*, 2003

